

27

*Criticidad  
y formación universitaria*

Xavier Cacho Vázquez, S. J.

## **UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA**

Mtro. Enrique González Torres, S. J.

*Rector*

Mtro. José Ramón Ulloa

*Director General de Servicios Educativo-Universitarios*

Lic. José Luis Bermeo Vega

*Encargado de despacho del Centro de Integración Universitaria*

Arq. Gerardo Anaya Duarte, S. J.

*Coordinador de Difusión del Centro de Integración Universitaria*

Lic. José Rafael de Regil Vélez

*Cuidado de la edición*

## **CONSEJO EDITORIAL DEL CENTRO DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA**

Mtra. Hilda. Patiño Domínguez

Arq. Gerardo Anaya Duarte, S. J.

Fis. Alfonso González-Quevedo Bruzón, S. J.

Lic. Fernando Caloca Ayala

Lic. José Rafael de Regil Vélez

1a. edición: febrero 1998

Tiro:1000 ejemplares

Derechos reservados

© Universidad Iberoamericana, plantel Golfo-Centro  
(Comunidad Universitaria Golfo-Centro, A. C.)

©Universidad Iberoamericana, Plantel Santa Fe  
(Universidad Iberoamericana, A. C.)

Prolongación Paseo de la Reforma No. 880, 01210, Álvaro Obregón, México, D. F.

Diseño de colección Álvaro Yañez

Diagramación e impresión: Ediciones María Auxiliadora, Querétaro, Qro.

## ÍNDICE

Introducción.....	3
1. Persona .....	5
2. Persona crítica .....	6
2.1 Criticismo interno .....	7
2.2 Criticismo externo .....	9
3. Autoevaluación de la criticidad.....	13
4. Futuro nacional y criticismo .....	14
5. Conclusión .....	15
Bibliografía .....	17

## Introducción

Es común en nuestras sociedades de Occidente pensar que los profesionales, formados en las Universidades, constituyen la elite social por excelencia. Ellos son los preparados para emitir opiniones, mantener los servicios especializados y las instituciones, dirigir las empresas y gobernar a las naciones. «Ellos son los que saben y a ellos les toca decir», como respondieron los viejos nahuas a los conquistadores refiriéndose a sus *Tlamatinime* o sabios. El pueblo pone su confianza y sus expectativas en manos de los profesionales universitarios.

La única respuesta digna a esa confianza está en la voluntad decidida de cada estudiante universitario por capacitarse y formarse; es decir, por lograr los conocimientos de su profesión y los valores morales que guíen por la servicialidad su ejercicio profesional.

Pero esta decisión, mantenida durante los años de estudio, no es simple ni fácil. Demanda atención y valor, reflexión y compromiso, renunciar a la inmediatez prefiriendo la hondura de los conocimientos bien asimilados y los valores asumidos de manera personal. Se trata de ir formándose en opciones fundamentales, preferencias humanizantes, decisiones firmes, actitudes valiosas.

Y, en este rico y comprometedor crecimiento o *formación universitaria*, se hablará de varias metas y varios caminos para conseguirlas. En este *Cuaderno* hablaremos de la *criticidad* como uno de los factores que integran y validan la formación del estudiante universitario. Describiremos brevemente el itinerario de la criticidad que no es otro que el de la persona que decide convertirse en auténtico profesional.

Así, tras esta introducción o punto de partida, hablaremos de la persona humana, apoyándonos en un brevísimo recorrido histórico que desembocará en el señalamiento de los factores que habrá que tener en cuenta para definirla.

En un segundo momento nos entretendremos en entender a que nos referimos cuando hablamos de una *persona crítica* y cómo todo universitario queda invitado a asumirse como una de éstas.

Posteriormente, reflexionaremos en que significa crecer en la criticidad, viéndolo no solo desde la perspectiva individual, sino también de cara al compromiso que todos tenemos frente al futuro de nuestra nación. Al final recogeremos en la conclusión las implicaciones -mostradas durante todo nuestro discurso- que tiene la criticidad en la formación universitaria y la actitud del profesionista que estamos llamados a ser.

La *pregunta* por el criticismo en los ambientes universitarios es capital. Pertenece al ser y al quehacer universitarios. El oficio académico es crítico por su naturaleza misma.

Se trata de un modo de pensar y de decidir que no aparece explícitamente en los currícula, que no se alcanza en un semestre determinado. Se trata de un proceso laborioso, personal, que va aconteciendo en el interior de la conciencia del estudiante universitario y va logrando metas cada vez mayores, manifestándose en los trabajos escolares, en las evaluaciones, en las opiniones dentro y fuera de las clases, en el día importante de la recepción profesional. Y no sólo atañe al proceso de la comprensión y el juicio correctos. El criticismo auténtico involucra también al mundo de la voluntad y de la conducta. A las verdades objetivas o críticas el académico añade en su misma persona los valores y las virtudes.

El criticismo es, pues, un modo valioso de existir, tanto por los conocimientos profesionales acreditados ante la sociedad, como por la conducta digna y dignificante en el ejercicio de la profesión. El criticismo, lejos de ser una ideología o una bandera, se encarna en individuos concretos. Así, tiene más sentido hablar de personas críticas que de criticismo.

Se impone, por tanto, aclarar en qué consiste ser persona, enseguida hablaré de la persona crítica.

NOTA: A lo largo de este *Cuaderno* se usarán los términos *crítico*, *criticidad*, *criticismo*, *criterio*, pero siempre en referencia a las personas. Es decir, la persona es siempre el sujeto; por *ejemplo*, «personas críticas», «el criticismo de una persona se arraiga y crece en sus propias operaciones conscientes», «la criticidad se conquista a través de una abundante serie de participaciones conscientes del sujeto». El uso de estos términos es de sentido común, dentro de la tradición filosófica de nuestra cultura derivada de los griegos y su terminología (verbo κρίνω y sustantivo κρίσις), cuyos significados perviven: separar para distinguir, juzgar, explicar a interpretar. Los términos acrítico, acriticismo se usan correspondientemente como calificativos de las personas cuya actitud es contraria a la criticidad. La etimología es también griega, lengua en la que la letra alfa, como prefijo, connota privación de lo que el término enuncia.

# 1. Persona

La realidad humana es tan rica y compleja que no han bastado las descripciones y definiciones sobre ella a lo largo de los milenios. El estudio y reflexión sobre el hombre, o antropología, ha reunido datos valiosos en gran número, de tal forma que la ciencia del hombre en la actualidad comparte tres grandes especialidades académicas (física, etnológica y filosófica). La especialidad filosófica nos brinda las investigaciones acumuladas de los pensadores griegos, de los teólogos cristianos, de los filósofos modernos. En la medida que nos apropiemos los significados de estas sucesivas y acumulativas nociones sobre la realidad humana nos capacitaremos para la criticidad.

- a) Los filósofos griegos (siglos VI a.C.-I d.C.) descubrieron la mente (*vouς*) y sus maravillosas capacidades reflexivas y evaluativas en el conocimiento de las realidades materiales y espirituales, presentes y posibles. Se acercaron a la realidad humana y atenazaron su ser, ese núcleo in cambiante que todos somos, no importando diversidades ni culturales ni sociales. Y definieron el ser humano como «viviente racional», como «viviente social» (*Ζῶον νοετικόν, πολιτικόν*) de donde derivaron las propiedades de esa naturaleza o realidad (*φνσις*).
- b) Los filósofos griegos convertidos a la fe cristiana trinitaria elaboraron la categoría “persona” (*ὑπόστασις*) para formular la revelación del Dios de Jesús el Mesías: uno, único a la vez que trino. Con esta categoría filoteológica se subrayaba la individualidad y la permanente diferencia entre una persona y otra en la trinidad divina. La analogía postulada por la misma fe entre Dios y los humanos permitió la aplicación de este mismo concepto a cuanto la filosofía clásica había especulado sobre la realidad humana. A partir del siglo VI se hablará del hombre como “persona o sustancia individual de una naturaleza racional». La teología en el Medievo y el Renacimiento mantuvo esta definición expresada por Boecio. Las «artes» o filosofía no se fracturaban de la teología racional, como se intentará en la modernidad.
- c) A la prevalencia de la racionalidad en la noción de persona, Descartes (1596-1650) aportó la de «autoconciencia» y Kant (1724-1804) hizo constar la importancia de la voluntad y su libertad.
- d) En el transcurrir de la Modernidad (siglos XIX y XX), a partir de la Revolución Francesa (1789), los movimientos libertarios han integrado «la dignidad y los derechos humanos» a la noción de persona, en tanto que la filosofía moderna ha logrado categorizar la «historicidad» inherente a todo ser humano, el lugar que tiene la «psique personal» en la conducta individual, el significado de la relacionalidad del ser humano que desarrolla su identidad personal en un medio interpersonal a intersubjetivo.

Reuniendo los distintos aspectos que la historia de nuestra cultura greco -cristiana-occidental ha logrado, podemos decir que una buena definición de persona tendría que incluir los siguientes factores:

- ser distinto a individuo (género, raza, religión),
- gozar de racionalidad y libertad,
- existir y actuar en relación con otras personas (con la naturaleza, con lo trascendente),
- experimentar su auto identidad en esa misma relación existencial,
- poseer una dignidad inalienable.

Por ricas que sean todas estas nociones en torno a la *persona humana*, la realidad humana personal sigue abierta a la investigación filosófica, teológica, sociológica, psicológica; sigue en espera de más abundantes y hondas lecturas historiográficas de lo que el mismo hombre ha hecho y dicho en su milenario crear y recrear cultural y sociedades. Nuestro asunto de la criticidad ya puede plantearse sobre este fundamento, al que podemos calificar de «crítico» en cuanto objetivo y verificable.

Es importante notar que el progresivo conocimiento del hombre no ha dejado de girar en torno de la noción de *persona*, noción que ha ido enriqueciéndose con nuevos significados. En términos generales, de los significados metafísicos y esencialistas que corresponden a todos los seres humanos en forma universal, permanentes y unívocos (irrepetibilidad, individualidad, racionalidad, libertad), la *noción de persona* ha avanzado *hacia* las dimensiones históricas y existenciales de la persona en convivencia. De lo abstracto se ha avanzado a lo concreto, de las características ontológicas a las culturales y sociales, del hombre sin tiempo y sin lugar, al hombre real situado en un espacio-tiempo donde se va haciendo y siendo.

No podríamos eliminar la esencia metafísica dejando al hombre en su mera historicidad. Mejor integremos esos polos diversos en las fórmulas contemporáneas de «espíritu en el mundo» (*Geist in Welt*) «espíritu en la historia» (*Geist in Geschichte*), donde «espíritu» expresa la conciencia del hombre, constituida por todas las dimensiones ontológicas ya dichas, conciencia que refleja las diversas realidades, las expresa y en ellas interactúa vivamente, conformando un «mundo» de significados y valores que se constituye como cosmovisión (*Weltanschauung*).

Si es verdad que todos los humanos somos semejantes en cuanto constituidos por la materia y el espíritu, también es verdad que todos somos diferentes, únicos, al estar constituidos por la historicidad. Todos somos espíritu en la materia, pero cada uno hace su propia historia, en la que es y actúa, crece y decrece, se dignifica y se indignifica, sufre y goza, cree y espera a la vez que duda y se angustia. Todo hombre posee la capacidad de hacerse crítico, por cuanto es racional y libre, pero no todos lo consiguen, dadas las circunstancias concretas condicionantes de cada uno. Ya no podremos hablar del hombre en abstracto sino del «hombre y su mundo», del ser dotado de capacidades conscientes que existe en un determinado entorno sociocultural; donde entreteje su existencia temporal y local en la comunicación y comunión con determinadas personas.

## 2. Persona crítica

Las multifacéticas capacidades humanas de la persona pueden ser recogidas en la *conciencia* para su operación y desarrollo. Cada persona posee cuanto se requiere para ser un centro consciente de operaciones, de crecimiento propio, con base precisamente en sus operaciones conscientes. El criticismo de una persona se arraiga y crece en sus propias operaciones conscientes, cuyo punto culminante está en la *conciencia diferenciada*: la experiencia del propio sujeto que distingue sus varias operaciones, las percibe alcanzando sus objetivos, interrelacionarse y avanzar como un conjunto hasta la meta final de la decisión que toma el sujeto consciente para actuar en determinada forma. A este criticismo del sujeto consciente de sí y de su actuar podemos llamarle «interno» o de «interioridad consciente». Un «criticismo externo» se refiere a los conocimientos que el sujeto o persona va adquiriendo, verificando en formas adecuadas a la índole de lo conocido, interrelacionando, aplicando y evaluando. En la actualidad se habla de «racionalismo crítico» o de «teoría crítica», para expresar el hipotético deductivo del conocimiento científico que pretende objetivar parte o la totalidad de lo real.

## 2.1 Criticismo interno

La *persona crítica* se va haciendo tal, empeñándose simultáneamente en el criticismo interno y en el externo. Por motivos pedagógicos de claridad expongo sucesivamente estos criticismos que en realidad se fusionan íntimamente en la conciencia del mismo sujeto crítico.

- a) Toda persona posee una conciencia diferenciable en cuatro niveles siempre distintos y siempre interrelacionados en su operación:
- Nivel de conciencia empírica (sede de la sensibilidad y de la percepción),
  - Nivel de conciencia intelectual (sede de la imaginación y de la comprensión, sede de los prejuicios y malos entendidos),
  - Nivel de conciencia racional (sede de la reflexión, la evaluación de las comprensiones y de la afirmación de lo comprendido o verdad, sede asimismo del error),
  - Nivel de conciencia volitiva<sup>1</sup> (sede de la deliberación, del deseo y de la decisión por el bien; sede, asimismo, del mal moral).

El paso de un nivel a otro sucede porque el hombre se cuestiona, se pregunta, se interpela y se interroga por el más allá.

- b) Toda persona ejerce sus operaciones conscientes. Los dinamismos de la conciencia se avivan o actúan en el contacto con las cosas y las personas. Pero no todos se hacen conscientes de su propio sentir, percibir, comprender, reflexionar, justipreciar, afirmar... escoger, querer, decidir. *Cuando* un sujeto va experimentando sus propias comprensiones, conceptuaciones, valoraciones, verdades afirmadas, persuasiones, elecciones, preferencias que lo llevan a decidir una cosa sobre otras opciones posibles, *entonces* podemos hablar de un sujeto o persona crítica. *Cuando* decidimos atender a lo que vemos, oímos, percibimos y a lo que hemos comprendido, hemos dicho a otros y por qué y para qué se lo dijimos, entonces hemos iniciado el camino del criticismo. *Cuando* nos vamos habituando por el ejercicio consciente a diferenciar nuestras operaciones que captan la realidad sensible de nuestra imaginación, de nuestras comprensiones de lo captado con los sentidos, de las reflexiones sobre las comprensiones logradas, de los juicios valorativos sobre el fruto de nuestras reflexiones, de las afirmaciones que hacemos sobre lo juzgado verdadero o falso, de las opciones que se nos ofrecen a la luz de las verdades que hemos afirmado, *entonces* vamos adquiriendo una «conciencia diferenciada» y hemos entrado de lleno al criticismo.
- c) La persona crítica no puede serlo sin pretender un *criticismo integral*, que pervada todos los ámbitos de su conciencia, desde sus sensaciones y emociones hasta sus decisiones y acciones. Solo una persona auténtica puede ser verdaderamente crítica: aquella que pretende vivir la «verdad plena del hombre». Así entramos al mundo de las opciones y valores. A las «verdades objetivas» de la ciencia y de la filosofía, el criticismo integral agrega la «verdad del sujeto mismo», que está en la congruencia de decidir hacer aquello que él mismo ha juzgado verdadero. *Cuando* la persona que ha comprendido correctamente y ha afirmado lo verificado como correcto elige decidir conforme a su afirmación, *entonces* podemos hablar de una persona digna, valiosa, íntegra, cabal. Esa persona se convierte en «criterio» vivo o paradigma irritable, por lo que se convierte también en guía de otros. No estamos lejos de la exhortación evangélica de ser «luz del mundo» y «sal de la tierra» (Mt 5, 13s).

---

<sup>1</sup> Distingo la grafía de la *conciencia* volitiva libre, de la grafía de la *conciencia* psicológica condicionada por la realidad, para efectos de una mayor puntualización.

- d) La persona íntegra, quien se compromete totalmente con las verdades objetivas y los valores humanos, enriquece su criticidad decidiendo «hacerse *más* atenta, *más* inteligente, *más* razonable, *más* responsable». Estos preceptos, bien observados, mantienen despierto al sujeto, dispuesto a reflexionar, evaluar, deliberar, cuanto escucha, ve, lee, capta... y dispuesto a asumir sus responsabilidades con sentido de servicio y de solidaridad con quienes vive. El punto de partida y condición de posibilidad está en mejorar la atención. Los datos mejor percibidos posibilitan mejores comprensiones, las cuales a su vez hacen posibles juicios más acertados y, por último, esos juicios bien pensados invitaran a buenas decisiones no solo correctas sino moralmente valiosas.
- e) Pugnar por *apropiarnos una conciencia diferenciada* equivale al crecimiento o madurez crítica. Se trata de ejercitar la capacidad consciente de autocorregirnos, caer en cuenta del propio error y rectificar nuestras verdades. Es la posibilidad de pasar del error a la verdad, o de un conocer germinal a uno desarrollado hacia esas «verdades objetivas» logradas por la filosofía y las ciencias, sustentadoras de nuestra cultura y nuestras sociedades. Otro tanto tenemos en la criticidad moral de los valores y de las virtudes: podemos rectificar los motivos de nuestra conducta, las razones de nuestros proceder, la intencionalidad de nuestras decisiones. También podemos admitir no solamente nuestros errores teóricos, sino nuestras equivocaciones éticas. Podemos salir de las tinieblas y entrar a plena luz del día, hacernos mejores personas, más conscientes de lo que quieren y cómo y para quiénes lo quieren. Es posible que nos hagamos más razonables y más responsables.
- f) El criticismo integral que nos acerca a la *verdad plena del hombre*, por los caminos de la conciencia diferenciada, desemboca en la realización total humana que es el *amar* a los demás. Ya estamos adentro del misterio humano sólo dilucidable por la experiencia, afirmación y compromiso con el Amor. Ya entramos a la Presencia del Amor que nos ha creado y nos sustenta en nuestro ser y hacer, Padre todopoderoso que nos ha recreado como hijos en su Hijo Jesucristo. No confundible ni con la razón crítica ni con la moral crítica de la voluntad libre, la decisión de amar comporta su propio criticismo. El amor que nos plenifica, porque llena de sentido nuestra existencia, se interrelaciona en formas vivas con las verdades objetivas, con los valores auténticos, pero va más allá: se erige como «valor absoluto», polo de referencia para todo cuanto podamos ser y hacer.

El criticismo del amar consiste en el hondo proceso de su purificación. Podemos decidir amar a los demás, aunque no seamos comprendidos, lo cual desata los dinamismos de nuestro corazón. Amar con misericordia, perdonando las ofensas, no llevando cuentas del mal. Este recio ejercicio hará de nosotros personas benevolentes, impulsará los dinamismos heurísticos de nuestra conciencia, fortalecerá nuestras voluntades para perseverar en la conducta digna y solidaria, nos encenderá con la luz irresistible de la verdad plena, nos hará instrumentos de paz para colaborar eficazmente en la creación y sustentación de la convivencia comunitaria. Este modo de amar auténtico o diáfano es el amor puro al que llegamos por los caminos críticos de la autopurificación.

La conciencia diferenciada ha alcanzado su máxima expresión: ha logrado las verdades objetivas de la cultura, los valores dignificantes y el sentido pleno de la vida. Quien logra este ideal humano ha avanzado, desde el criticismo intelectual, a la plenitud de su personal verdad, a ser testigo del amor, al sobrehumano poder de inquietar, atraer, enseñar y ayudar a crecer humanamente a otros.

La *persona crítica* sabe por experiencia que el manantial de su permanente atención, de su reflexión, evaluación, deliberación sobre cuanto va comprendiendo, de su voluntad de perseverar en la justicia, el respeto y la responsabilidad, está en su compromiso irreversible con el Amor. La verdad plena del hombre se consolida en el tiempo y el lugar de nuestra existencia, en las circunstancias y coyunturas -previsibles algunas, inéditas otras- por donde nos lleva la Providencia de Dios nuestro Padre, cuando dóciles a los dictados de nuestro corazón hacemos del amor a los demás la meta y el sentido de nuestras vidas, cuando lo decidimos consciente y libremente, afrontando racional y responsablemente todas las consecuencias.

Descrito el «criticismo interno» del sujeto que decide ejercitarse en hacer conscientes sus operaciones intencionales en todos los niveles (sentir, entender, juzgar, decidir, amar), paso a comentar el *criticismo externo* del mismo sujeto, referido a las diversas áreas del conocimiento. Insisto en que le llamo «externo» en cuanto referido a realidades distintas del sujeto cognoscente, pero es *dentro* del sujeto donde los conocimientos son procesados y van pasando de ser meros datos a convertirse en «verdades críticas u objetivas».

## 2.2 *Criticismo externo*

La persona se va haciendo crítica o científica en la medida en la que se va apropiando de las diversas realidades ya tematizadas y sistematizadas por las distintas ciencias, de modo que ella misma sea capaz de verificarlas, aplicarlas y evaluarlas. Un criticismo de mayores quilates se da en los científicos ocupados en la búsqueda de nuevas tematizaciones de la inagotable realidad natural y cultural, nuevas categorías e incluso nuevos campos de conocimiento. El criticismo bien puede equipararse al auténtico profesionalismo académico, de donde deriva la importancia y la vigencia para todo universitario. Este criticismo académico no debe confundirse con el profesionalismo técnico o empírico, que consiste en la hábil aplicación del manual de procedimientos. El criticismo académico pide reflexión, discernimiento y criterio moral.

El universo del conocimiento sistematizado ha crecido desmedidamente, impulsado por la cultura urbano industrial de nuestro siglo. Los troncos básicos del conocimiento científico cada vez más calificado se ha vuelto frondoso en especialidades para un servicio a la sociedad. La investigación profesional no ha dejado de sumar hallazgos y tecnologías para su adecuada socialización. La filosofía no deja de nutrir a las ciencias del hombre con nuevos planteamientos antropológicos, sociológicos, psicológicos, etnológicos. La historiología nos enseña a leer las obras humanas con claves hermenéuticas para gustar las verdades y bienes que vivieron nuestros antepasados. Por otra parte, la interdisciplinariedad ha potenciado los conocimientos unidisciplinarios y ha planteado y logrado crear instrumentos maravillosos para la comunicación, la información, la medicina, la economía, el transporte, la construcción, la vida doméstica, la enseñanza escolar, etcétera.

Nadie puede hoy jactarse de saberlo todo. Es difícil incluso conocer todos los desarrollos de la propia disciplina. El criticismo intenta, por tanto, no conocerlo todo, sino conocer y saber bien lo conocido, dando cuenta de ello. Trata de interrelacionar ese «archipiélago de conocimientos en un mar de ignorancia» que es, la ciencia actual.

Todo estudiante universitario, por el hecho de inscribirse en la universidad queda personalmente invitado a irse convirtiendo en «académico» o «profesional» o *persona crítica*.

Paso a describir brevemente los caminos por recorrer en vistas de alcanzar el criticismo profesional, que consiste en la *consciente apropiación de las verdades objetivas*.

- a) Cada área del conocimiento científico ha ido elaborando, gracias a un *método propio*, un conjunto de afirmaciones valiosas (verificadas, interrelacionadas, útiles...) susceptible de desarrollos ulteriores. Estas afirmaciones, que en su conjunto integran un *currículum* universitario, alcanzan diversos grados de certeza: desde meras hipótesis, teorías, hasta convertirse en principios, en axiomas y en planteamientos adecuados. Se trata, por tanto, de conjuntos cambiantes, criticables, sujetos a la ley epistemológica de que el conocimiento más verificado desplaza al menos verificable. En este conjunto valioso de afirmaciones hallamos *verdades objetivas*, es decir, que se mantienen por si mismas, independientemente del sujeto que las afirme o las niegue. Hallamos también hipótesis y teorías que tanto se convertirán en verdades como podrán ser suplidas por otras hipótesis y teorías.
- b) El estudiante, a la vez que se esfuerza por comprender los datos que escucha, que lee, va adentrándose en el método propio de su disciplina. Va viviendo la experiencia de que los signos inertes (frases, palabras, formulas, números, siglas, códigos...) van *cobrando significado* en su conciencia hasta transformarse en verdades propias, en elementos de juicio para sus reflexiones, inducciones, deducciones y conclusiones. Y, en la medida que va familiarizándose con los signos / significados de su disciplina, va apropiándose del método que los estructura y llena de sentido. El método, que en si es científico, asimismo es condición de posibilidad del criticismo.
- c) Quien se va haciendo académico por la apropiación de signos/significados valiosos, avanza asimismo hacia otros métodos que atrapan otras realidades a otras dimensiones de la misma realidad. El académico es quien justiprecia la amplitud y la complejidad de las realidades y admite que no todo puede abordarse del mismo modo. Las realidades poseen diversas índoles y demandan diversos tratamientos para su correcta comprensión y valoración. Un paso más en la criticidad esta en caer en cuenta de las índoles irreductibles de la inmensa realidad que nos sustenta física, espiritual, cultural y socialmente. No es fácil hacerse perito en varios métodos distintos al propio, pero si es postulado del criticismo la «apertura» a otras visiones, planteamientos y verdades objetivas. El académico sabe escuchar y respeta los puntos de vista «objetivos» de otros profesionales, siempre y cuando las afirmaciones sean científicas, avaladas por las razones y experiencias de la profesión y su acervo de verdades objetivas.
- d) En líneas generales podemos hablar de las grandes metodologías científicas que nos hacen «críticos» en la medida que las conozcamos significativamente. Se asemejan a grandes redes con las que atrapamos multitud de peces en el océano extenso y profundo de la realidad macro y microcósmica, viva a inerte, inconsciente y consciente, actual y posible, histórica y presente, dilucidable y misteriosa, creada a increada, humana y divina. En orden cronológico de su aparición en nuestra cultura son:
  - *Método especulativo ontologista* (siglo VI a.C-presente). Hasta el siglo XVII fungió como el único. Con base en sus principios, paradigmas y modos de abordar la realidad -investigando las «esencias», « lo que es» y elaborando definiciones universales- se forjó nuestra cultura con características de racionalismo. Los modos «abstractos» a ontologistas de las lenguas europeas han hecho posible los avances y la conservación de las ciencias especulativas filosóficas. Las afirmaciones metafísicas llevadas a lo social forjaron sociedades recias, más preocupadas por lo esencial permanente que por lo cambiante

accidental; por ejemplo: significados jurídicos universalistas, teológicos, ortodoxistas, concepciones del mundo incambiantes...

- Dialécticamente, a *partir* del siglo XVII, se inicio el *método empírico*, interesado en el conocimiento de la naturaleza material. A la observación y experimentación se agregó la inducción y la deducción. Se fue logrando conocer el proceder de la naturaleza material (física, química y biológica) y aplicar esos procederes en beneficio de los humanos. Así comenzó la Revolución Industrial (1780) y la era de la transformación material de la naturaleza (siglos XIX y XX). El desarrollo económico propiciado por la transformación de la naturaleza ha sido portentoso a influido en las mentalidades y formas de vida. Desgraciadamente, esos desarrollos económicos han sido inequitativos en nuestro mundo. Se impone una «crítica moral» sobre la planeación de la producción industrial y el consumo de la misma en buscade mayor justicia y equidad. El lenguaje matemático ha sido elaborado y desarrollado por las ciencias de la naturaleza así como la inducción de la conciencia científica en nuestra época, conocida como Modernidad (siglos XIX y XX). El criticismo científicista es algo más que la visión científica del universo. El «crítico científico» es capaz de plantear los problemas que genera la naturaleza material y resolverlos en alguna manera.
- Con el nacimiento de las ciencias sociales (fines del siglo XIX) y su desdoblamiento, vio la luz otro modo de acercamiento a la realidad, en este caso «los comportamientos humanos». El *método estadístico*, valiéndose de la matemática y de la observación rigurosa, ha logrado planteamientos y estrategias para investigar los fenómenos del complejo comportamiento humano. Con la lectura de los resultados es posible hacer inducciones y acercarse al conocimiento de los humanos en convivencia. Diseñar las encuestas adecuadas a interpretar los resultados comporta un serio criticismo académico. Los cálculos estadísticos científicos han permitido evaluar, desde el punto de vista general, las constantes, las variables, los residuos de la conducta humana en lo político, lo económico, lo educativo, lo religioso, lo psicológico...
- En medio de intensos debates teológicos y una honda efervescencia intelectual en Centroeuropa se fue gestando el *método hermenéutico* interpretativo como propio de las ciencias del espíritu o *Geisteswissenschaften*. (1850-1950). La filosofía moderna vertida a la antropología puso la historicidad del hombre como un componente ontológico de su ser, tanto como la filosofía clásica lo había hecho con el espíritu y la materia. Esta afirmación, verificada en la existencia misma de cada hombre, desencadeno el magnifico desarrollo de las ciencias históricas, estudiosas de los procesos culturales y sociales diversos, a través de los múltiples testimonios o hechuras humanas desde la prehistoria hasta el presente. A las viejas visiones unitarias, apoyadas en la metafísica de las esencias universales a incambiantes, suceden las cosmovisiones múltiples, cambiantes en el tiempo, encerradas en sus peculiares códigos escritos, en su arte, en sus creencias, en sus verdades. La hermenéutica se postula como un elaborado modo de decodificar esos signos y dar cuenta de sus significados.

Por primera vez en la historia nos es dable atisbar lo que pretendieron, creyeron y afirmaron grupos humanos distantes de nuestra cultura más por el tiempo que por el entorno físico. Nos admira y conmueve dialogar con hombres en todo semejantes a nosotros (de quienes somos herederos biológicos y culturales) a la vez que de los todos desemejantes en visiones, comprensiones, verdades, bienes morales, decisiones y conductas. Las analogías

se hacen univocidades en las estructuras conscientes y somáticas, en tanto que en las mediaciones culturales y sociales hablamos de experiencias abismalmente diversas: opciones fundamentales, valores, significados. El conocimiento de las pautas culturales, de la arqueología y de los procesos históricos (filosóficos, teológicos, sociológicos, artísticos, literarios...) condiciona las *interpretaciones críticas* del pasado. Tales lecturas historiológicas nos brindan auténticas respuestas llenas de lecciones humanísticas para el mejoramiento humano de nuestra existencia presente, tanto por su dramatismo positivo y negativo como por la insondable hondura de sus valores y virtudes heroicas.

Sobra decir que estas cuatro grandes metodologías, cuya índole es siempre diversa, mantienen mutuas relaciones e influjos. Más aún, la especulación griega con sus principios (no contradicción, razón suficiente, causalidad, finalidad) su lógica y su crítica racionalista están presentes en todas estas metodologías. Otro tanto se puede decir del método empírico y del estadístico que colaboran con la especulación filosófica y científica. El método histórico, por su parte, se ha hecho imprescindible en toda evaluación seria de las ciencias materiales, sociales y especulativas; en el planteamiento de las investigaciones de las que constituye su etiología.

Así pues, los universitarios quedan invitados a adentrarse en estas cuatro *metodologías básicas*, y hacerse miembros de número en la Academia Universal del Criticismo.

- e) El camino académico que se caracteriza por la criticidad, tiene sus enemigos un tanto solapados que merecen una somera presentación. Nuestro horizonte cultural contemporáneo en su portentoso dinamismo y pluralidad encierra algunas trampas al genuino profesionalismo.
- *Funcionalismo social* como criterio para la programación y para las finalidades académicas. Subyace una manipulación política o de grupos de poder económico que quieren sujetar la academia y la formación crítica de los universitarios bajo apariencia de bien común. Por supuesto que las profesiones deben estar al servicio de la sociedad, pero sin renunciar al discernimiento crítico, a la autonomía académica, al libre y responsable ejercicio profesional, al inextinguible deseo de capacitación continua por amor a la verdad.
  - *Tecnologismo*, contrario del criticismo pensante y creativo, bajo pretexto de «progreso», de «actualización». La academia universitaria no puede ni debe ceder su primacía al empirismo, al automatismo, pues le corresponde siempre el papel de creadora, renovadora y crítica de todo planteamiento tecnologista uniformador. Cuando la universidad deja de ser innovadora, no queda más futuro social que la dependencia de sociedades que si favorecen la investigación y la crítica académica.
  - *Ideologismos* de cualquier índole (política, económica, religiosa) que -por principio- rechazan la crítica objetiva de las razones, los motivos, los principios de la convivencia plural. Por su gratuidad, subjetivismos a inconsistencias, las absolutizaciones de las ideologías son inaceptables para el criticismo académico. En la universidad toda afirmación debe ser criticable, debatible y evaluable. Los apriorismos ideologizantes o de carácter fundamentalista deben ser criticables, debatibles, dialogables por la comunidad universitaria.

- *Inmediatismo* pragmatista o crematista que pretende fines sin tomar las mediaciones científicas y humanísticas adecuadas con lo que atropella a personas y a grupos. Quienes se adhieren a los inmediatismos son fácil presa de manipulaciones y engaños. La universidad intenta formar las conciencias críticamente, para colaborar con el sano desarrollo social, basado en las mediaciones profesionales de diversa índole.
- *Conceptualismo* o discurso palabrero carente de afirmaciones y de compromisos, usado en la demagogia política para deslumbrar con palabras y ocultar los hechos.

Estas desviaciones del espíritu crítico universitario se interrelacionan y emergen con acentos diversos, pero siempre acrílicos.

### 3. Autoevaluación de la criticidad

La vida universitaria de escucha de los maestros, de estudio personal y en grupo con compañeros, de investigación en la biblioteca y en el laboratorio, de asistencia a presentaciones magistrales, de dialogo y confrontaciones con maestros y alumnos de otras licenciaturas, amigos, etcétera, es campo fértil para la formación en la criticidad

Ésta, siendo una meta académica, se conquista a través de una abundante serie de participaciones conscientes. El universitario es el sujeto que se emplea conscientemente en atender, comprender lo atendido, reflexionar lo comprendido, evaluar lo reflexionado, afirmar como verdad lo evaluado, deliberar sobre las verdades o esclarecimientos en la propia conciencia, optar por los resultados de la deliberación, decidir vivir los valores optados, actuar y conducirse motivado por los valores elegidos, perseverar y comprometerse con la conducta valiosa decidida en beneficio propio y de aquellos con quienes convive. Este proceso consciente, integrador de todo el sujeto que lo actúa, es susceptible de una creciente participación por parte del propio sujeto actuante. Y, en ese participar más en la propia vida consciente, el sujeto universitario se va haciendo crítico.

Ya no va a contentarse con que los dinamismos heurísticos de su conciencia se desaten con los estímulos de sus propios objetivos (por ejemplo, la atención con lo sensible, la inteligencia con los datos entregados por la experiencia, la razón con las comprensiones recibidas de la inteligencia, la voluntad con los juicios mayor constancia y puntualidad? ¿Lo confronto con lo comprendido por mis condiscípulos?

4° ¿Soy capaz de *aplicar lo* comprendido en la universidad al planteamiento y solución de un problema propio de mi carrera? ¿Lo puedo aplicar a mi conducta, a mi toma de decisiones?

5° ¿Consigo *interrelacionar* en forma operativa los diversos conocimientos adquiridos en los diferentes cursos de tal forma que logre una síntesis vigorosa (que resista los cuestionamientos)?

6° ¿Soy capaz de *asignar grados de certeza* a las «verdades objetivas» de la disciplina que estudio, lo que significa que afirmo esas verdades como propias?

7° ¿Acepto que mis *conocimientos profesionales son para servir* a la comunidad a la que pertenezco? ¿Asumo como «valores objetivos» para mi existencia (mi aquí y ahora) el solidarizarme con mi sociedad, compartiendo mis conocimientos y mis logros profesionales para su desarrollo?

8° ¿Optaría por *perseverar* en una conducta valiosa (colaboradora, positiva, comprometida), a pesar de oposiciones y contradicciones de parte de posturas egoístas que juzgan el saber y el poder como beneficios personales?

Responder afirmativamente a estos sucesivos y crecientes grados de significado nos pone delante a la *persona critica* en el pleno sentido de la palabra, pues se trata de un criticismo total, integrador, de una personalidad autentica, donde no hay fractura entre lo que piensa y afirma como verdad y lo que decide como valioso. Se trata del ideal universitario de «saber más para ser más y servir más».

#### 4. Futuro nacional y criticismo

Trascendiendo los límites estrictamente universitario/profesionales y entrando a los terrenos comunitarios y macrosociales, es necesario decir una palabra sobre el papel del académico crítico en cuanto líder de opinión y de acción social.

El criticismo hasta aquí comentado referente al conocimiento profesional y a la autenticidad personal cobra sus verdaderas dimensiones en el liderazgo social. «La luz se enciende, para ponerla en el candelero y alumbrar a todos los de la casa» (Mt 5, 15). El criticismo de verdades y de valores objetivos es para la comunidad. De otra forma queda infecundo y se convierte en nocivo.

En nuestro contexto nacional de país en desarrollo con graves problemas sociales (contrastes culturales en la población, contrastes económicos, demografía no racionalizada, ignorancia masificante, desintegración conyugal y familiar -madres solteras a hijos desatendidos-, caciquismo y corrupción, violencia y drogadicción, etcétera), urge que los universitarios asumamos nuestra responsabilidad ante nuestro pueblo. El criticismo vuelve a ser imprescindible.

Ahora se trata de un irse apropiando de nuestra historia, donde palpitan las verdades de lo que somos como nación. Creo que la clave de esta nueva e importante criticidad esta en distinguir conscientemente el método dialéctico del método histórico, la «razón dialéctica» de la «razón histórica».

Cuando se trata del bien humano de una sociedad, apelar a la dialéctica del pro y contra, de esquemas prefabricados por científicos que sean en su propia metodología (como los modelos económicos, sistemas educativos, laborales, preceptivas morales, tecnología de punta) no conduce a resultados positivos. Las gentes, las naciones se deben a sus tradiciones, creencias, valores, estilos de vida, mentalidades, simbología, significados; es decir, a su cultura histórica. Todo lo que se diga y se haga fuera del contexto sociocultural lleva el riesgo de no tener eco, de no ser comprendido en su real sentido, de incluso atropellar a las gentes. El criticismo está en lograr un discurso social que resuene en los significados y valores de las gentes a las que se dirige, es decir, un texto que sea inteligible en su contexto. Esta es «la razón histórica» y su método interpretativo de leer la vida de los pueblos en su propia luz.

El cuestionario nacional que espera respuestas criticas de los profesionales mexicanos puede ser el siguiente:

- ¿Nos situamos en nuestras matrices culturales, en la corriente viva de nuestros procesos históricos?

- ¿Asumimos nuestra identidad cultural mestiza, nuestros profundos contrastes de mentalidad y de significados, que se manifiestan en hirientes diferencias socioeconómicas?
- ¿Conscientizamos nuestros valores y antivalores tradicionales, esas preferencias tanto positivas como negativas? ¿Cuáles?
- Al intentar cambios ideológicos, administrativos, productivos, educativos, en la empresa que trabajamos como profesionistas ¿qué lugar ocupan los supuestos de índole cultural histórica?
- Lo que ha dado resultado en Estados Unidos o en el Primer Mundo ¿necesita ser reinterpretado en los signos / significados del pueblo mexicano? ¿En qué forma?
- ¿Qué «razones históricas» encuentro para pensar en serio en los cambios estructurales que México necesita para su integración al mundo actual, consiguiendo la participación y el beneficio de la mayoría de los mexicanos?
- ¿En qué medida me voy capacitando para responder concretamente qué, por qué, cómo, cuándo, hacia dónde, por dónde debo intentar cambios en mi estudio, trabajo, compromisos para el desarrollo social de mi patria?

Los enemigos del criticismo social (análisis social y cultural) son el diletantismo, la dialéctica ideologizante (ideología de clase, «gatopardismo») y los tecnocratismos que, prescindiendo de la composición irreducible sociocultural histórica del hombre, afirman objetivos y medios importados de otros horizontes de significados y valores.

La importancia del criticismo social entre quienes toman decisiones de mayor o menor trascendencia es incalculable. Ahí se juega el bien humano de la nación, su autentico progreso en todos los sentidos. Podemos aprovechar la mina de los valores y virtudes de nuestro pueblo, convocar a la solidaridad, construir la igualdad social venciendo la secular diferencia y su explosividad o, ajenos al pensar y sentir de la mayoría, importar modelos, paradigmas, sistemas, a imponerlos a título de progreso, actualización, beneficio económico... pero estaremos manteniendo una sociedad desintegrada, conculcada, que no podrá sentir suyo nuestro proyecto acrítico por ahistórico.

Los universitarios de hoy podemos decidir empaparnos críticamente de nuestra identidad mexicana, valiosa en sus grandes etapas históricas (Mesoamérica, Nueva España, México independiente), y crear los modelos de desarrollo más idóneos a nuestra manera de ser. Nadie dice que sea empresa fácil, pero cuanto logremos será magnífico para el bien integral de nuestra nación, tanto en lo cultural como en lo social, en lo espiritual y en lo económico, en lo artístico y en lo pragmático, en la personalidad mexicana macrosocial ante un mundo que siempre ha estimado nuestra índole y nuestras hechuras. Podemos ensanchar los espacios de nuestro ser nación independiente, construir un futuro mejor.

## 5. Conclusión

A los lectores de este *Cuaderno de Reflexión* podrán parecerle utópicos los niveles de criticidad señalados para los universitarios. Invito a que los calificuemos más bien de *difíciles*, pero al alcance de quien se decida a trabajar seriamente y convertirse el *académico*. Al gremio universitario le

corresponde como propio el criticismo. En el juramento que da por concluida la recepción profesional en nuestra universidad, el nuevo graduado promete servir a su patria con sus conocimientos y sus habilidades. Y no podría decirlo en serio sin un compromiso con la criticidad, esa recia cualidad que lo llevará a la excelencia profesional. Digo que *lo llevará*, pues lograr ser *universitario crítico* es asunto de largo plazo, de atención mantenida, reflexión y evaluación metódica deliberación y valores comprometedores, perseverancia en las verdades objetivas y en la muy difícil autenticidad moral. El criticismo académico es una capacitación continua más autodidáctica que curricular; más de fondo que de formas.

Aunque la *criticidad profesional* se alcance con la practica y la investigación del oficio, con el ejercicio de los valores objetivos el servicio a la comunidad, es incuestionable que todo empieza en los años juveniles de universitario. Los maestros esperamos de cuantos han concluido su licenciatura que posean germinalmente esas vibrantes inquietudes, preguntas, planteamientos, sensibilidades sobre el ser y quehacer humanos, sobre la convivencia comunitaria y social, sobre el orden y armonía del cosmos material y biológico, sobre la índole histórica del hombre y su dramatismo. Esperamos y deseamos que todos los que exhiban su título universitario asuman los cuestionarios fundamentales antropológicos, sociológicos, científicos a historiológicos y los vayan respondiendo con talento y con valía a través de las circunstancias luminosas y oscuras de su vida.

## Bibliografía

Para iniciar:

Kuhn, T. S. *Estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México.

Gaarder, Jostein, *El mundo de Sofía*, Patria, México.

Sagan, C., *Los dragones del edén*, Grijalbo, México.

Para ahondar:

Cruz, Roberto, *El hombre pregunta*, UIA, México, 1993.

Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, Sígueme, Salamanca, 1977.

Lonergan, Bernard, *Método en Teología*, Sígueme, Salamanca, 1988.

Nicol, Eduardo, *La idea del hombre*, FCE, México, 1992.